



Primera edición: octubre 1993

Decimosexta edición: octubre 2006

Dirección editorial: Elsa Aguiar

Ilustraciones: Javier Olivares

Traducción del inglés: Paz Barroso

Título original: *Cinderella and the hot air balloon*

© Ann Jungman, 1992

Frances Lincoln Limited

© Ediciones SM, 1993

Impresores, 15

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

CENTRO INTEGRAL DE ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 12 13 23

Fax: 902 24 12 22

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 84-348-4095-2

Depósito legal: M-37531-2006

Impreso en España / *Printed in Spain*

Orymu, SA - Ruiz de Alda, 1 - Pinto (Madrid)

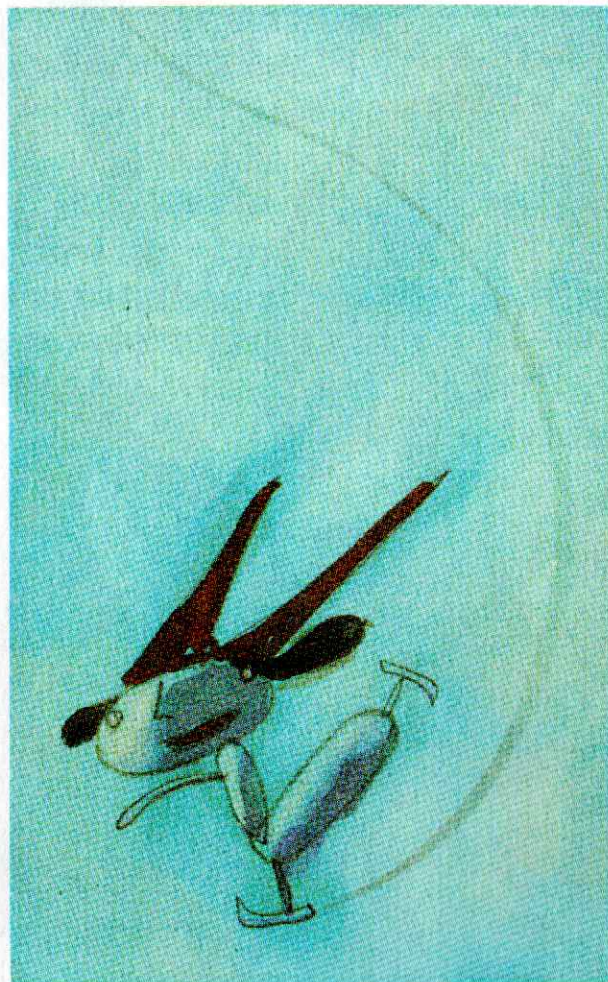
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*Para Cressida y Hugh A. J.
Para Lisa y Natalie Mort R. A.*

Hace mucho tiempo,
en un país lejano
vivía un rico comerciante
con sus tres hijas.

A las dos hijas mayores,
Herminia y Esmeralda,
les gustaba peinarse,
probarse vestidos,
pintarse las uñas y charlar.



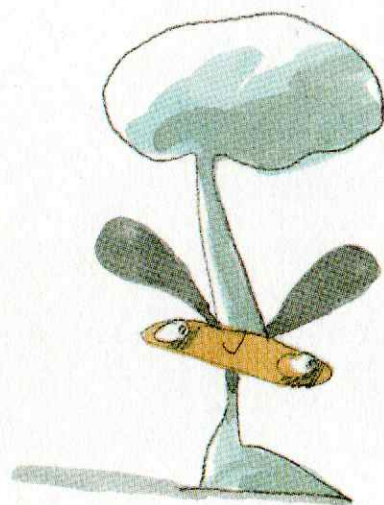


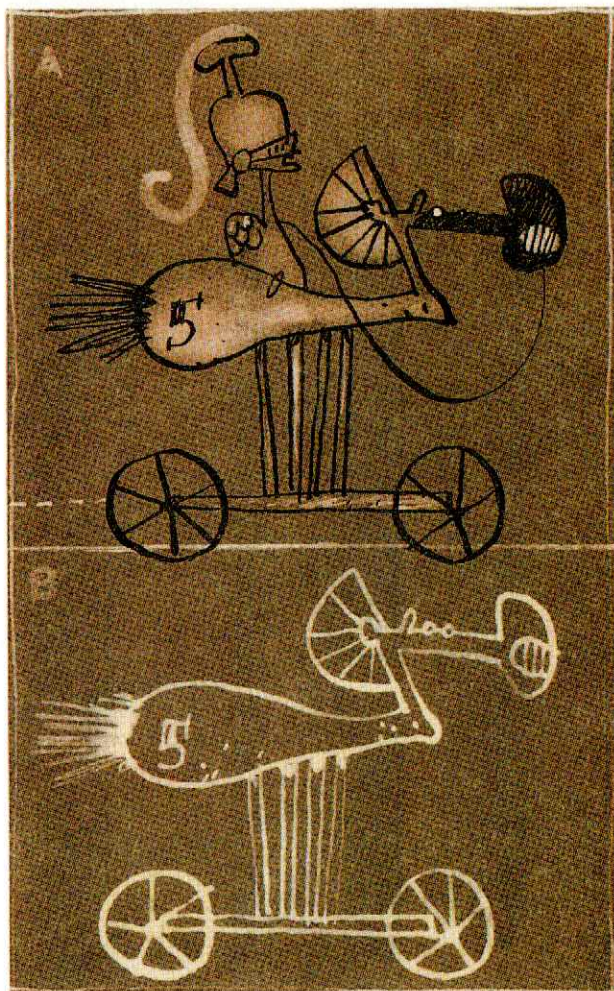
Clementa, la pequeña,
era diferente.

Prefería trepar a los árboles,
montar a caballo sin silla,
patinar sobre una fina capa de hielo
y correr descalza.

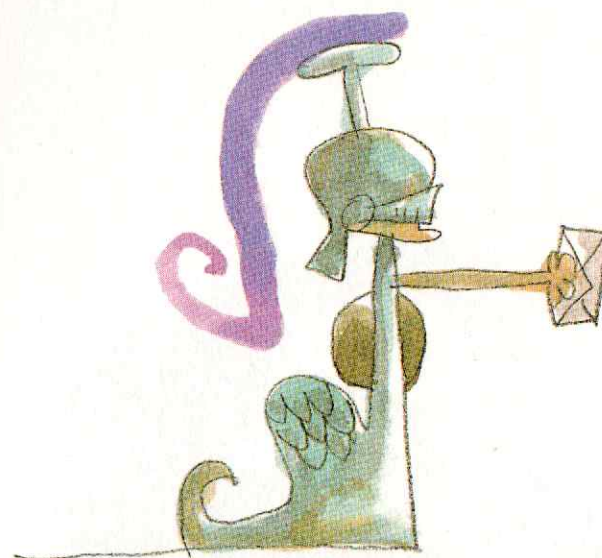
Y lo que más le divertía
era hablar con Cocinera
y las demás criadas
en la cocina,
junto al fuego.

A menudo asaban patatas
y se las comían
con mucha mantequilla,
que les chorreaba por los dedos.





Un día, llegó a su casa
un mensajero.
Traía invitaciones para un baile
que se iba a celebrar en palacio.



—¡Qué divertido!
—comentó Esmeralda—.
Me pondré un traje de seda verde
y un collar de brillantes.
—Yo, mi traje de satén violeta
y las esmeraldas de mi querida madre
—añadió Herminia.



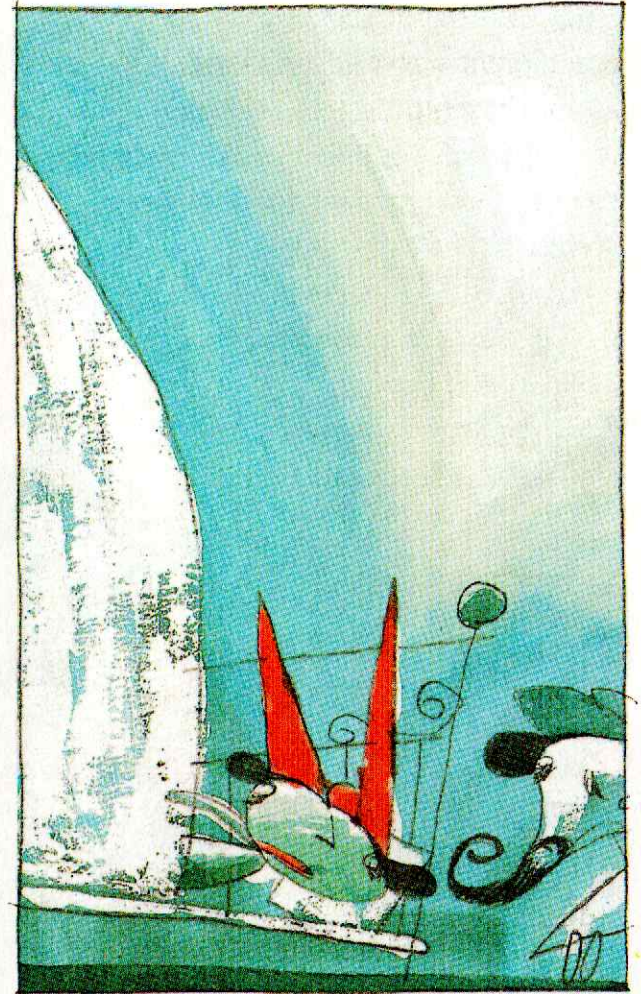
—¡Qué rollo!
—murmuró Cenicienta—.
Yo no pienso ir.

La noche del baile,
Esmeralda y Herminia estaban
arregladas y listas para salir.

—¿Dónde se habrá metido Clementa?
—se preguntó su padre suspirando—.
Iré a buscarla.

La encontró arrebujaada en la cama.

—Padre, no me encuentro bien
—se excusó ella—.
Tendréis que ir sin mí.
¡Que os lo paséis bien!

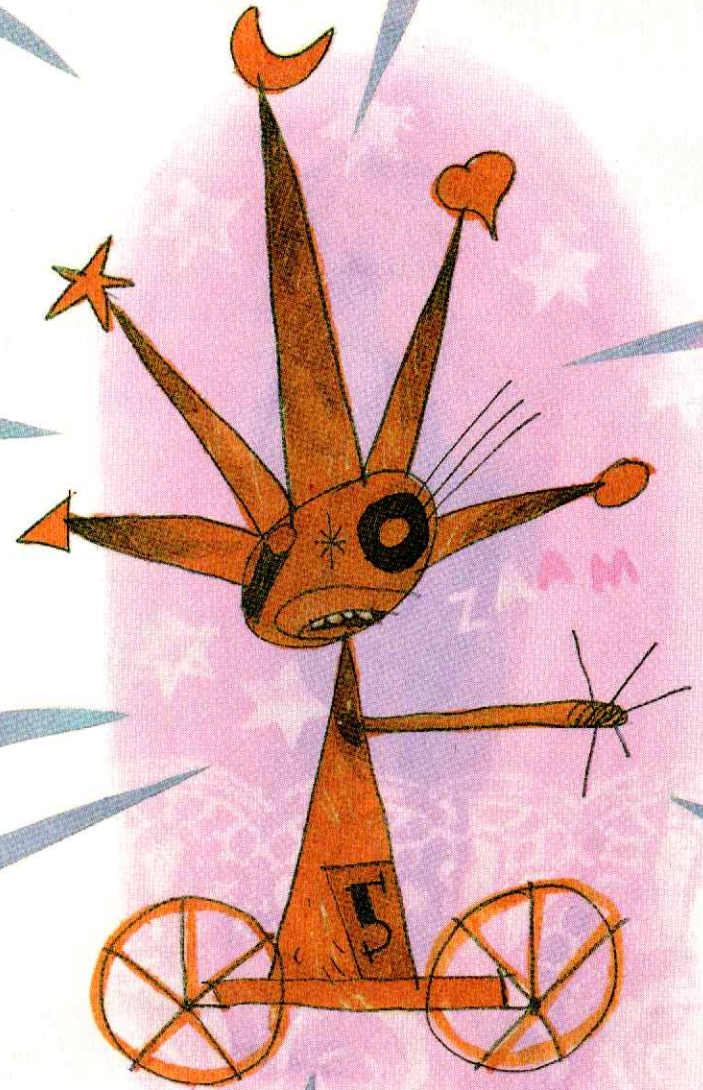


En cuanto la carroza se alejó,
Cenicienta saltó de la cama
y bajó corriendo a la cocina.

—¡No me apetecía ni un pimiento
ir a ese baile tan aburrido! —gritó—.
Prefiero quedarme aquí
con vosotras
y comer patatas asadas.



En ese momento,
apareció el hada madrina
de Cenicienta.



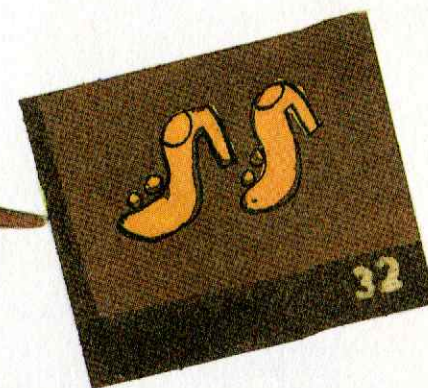


—¡No estés triste, Cenicienta!
—exclamó—.

Tú también podrás ir al baile.

—No, por favor, Hada Madrina
—rogó Cenicienta—.

Te prometo que no he ido
porque no quería ir.



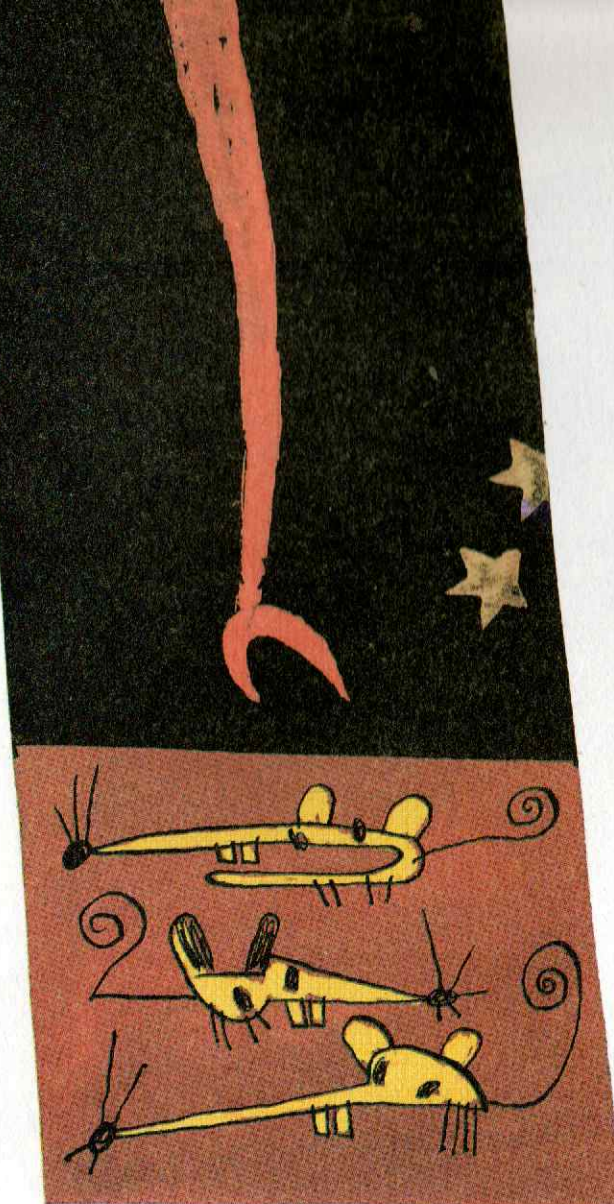
—¿Me estás diciendo
que no quieres ponerte
un maravilloso traje de fiesta
y unos preciosos zapatos de cristal?



—Pues sí, madrina,
no los quiero
—contestó Cenicienta—.
Ya tengo muchos.
Pero las doncellas y Cocinera
nunca han tenido vestidos de fiesta.
Por favor, házselos a ellas.

Hada Madrina hizo
lo que Cenicienta le pidió.

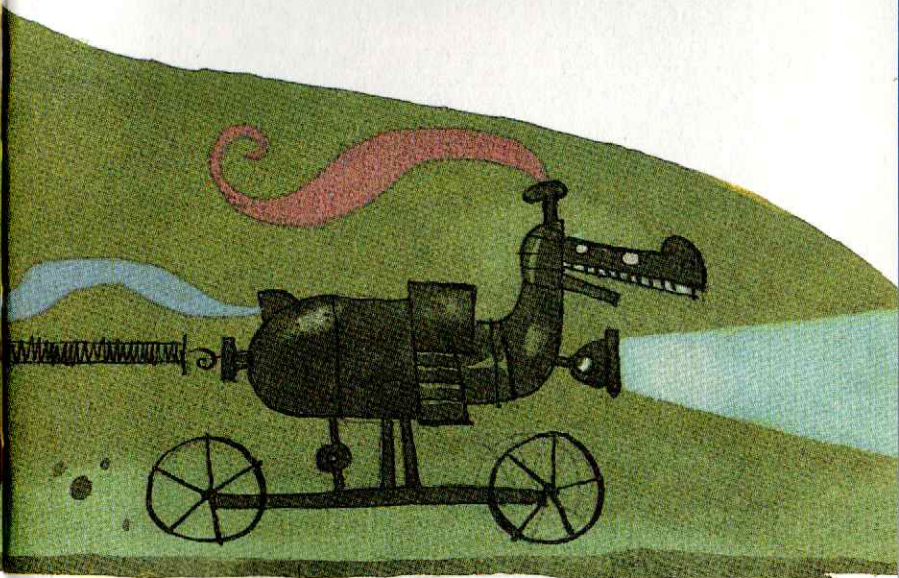
Y más aún.
Cenicienta le sugirió
que transformara una calabaza
en una carroza;
y unos ratones,
en cocheros.
Así, las criadas podrían
salir esa noche
y pasárselo fenomenal.
Y Hada Madrina también lo hizo.

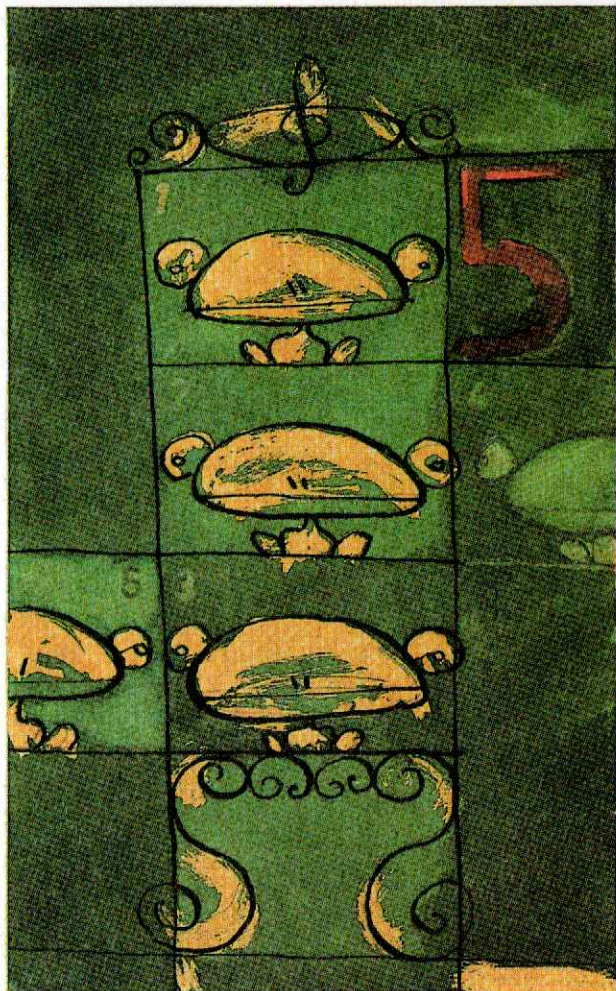




Entonces,
las doncellas y Cocinera
se metieron en la carroza
y salieron a dar una vuelta
por toda la ciudad.

Se divertieron tanto que,
cuando la carroza volvió a pasar
por delante de la casa,
Hada Madrina decidió irse con ellas.





Cenicienta se quedó en la cocina
asando patatas
y preparando una rica sopa
de calabaza.

Finalmente,
regresaron los viajeros
y entraron en casa.

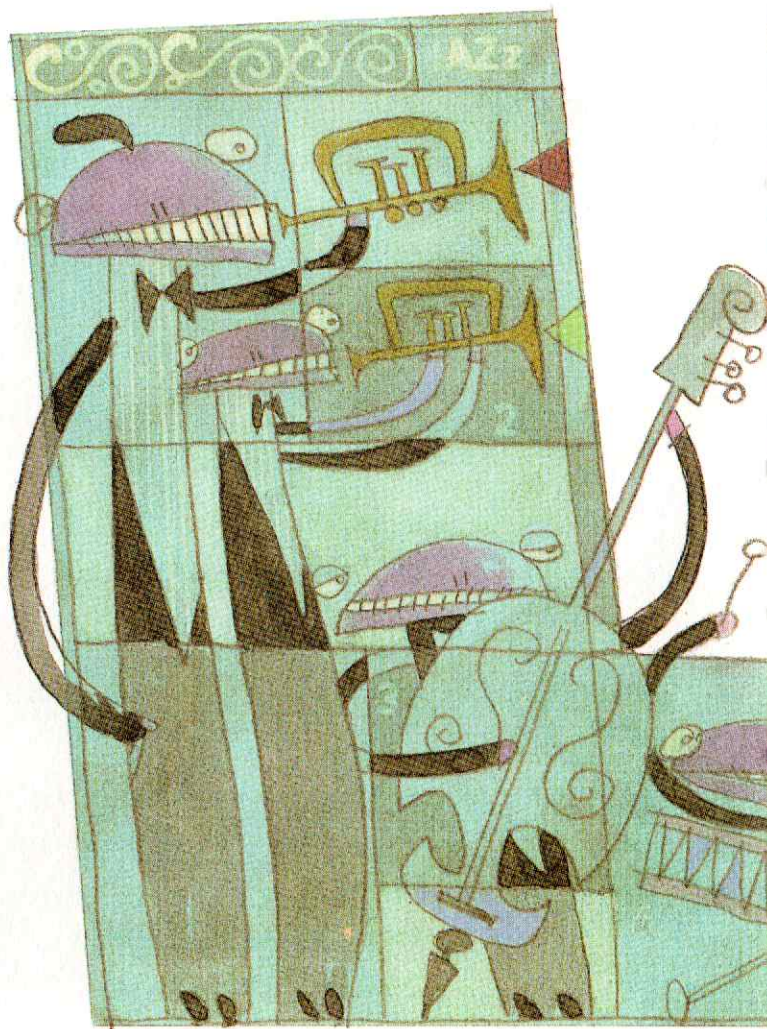
—¿Y ahora qué hacemos?
—preguntó Cocinera.

—¿Por qué no organizamos un baile?
—propuso Cenicienta—.

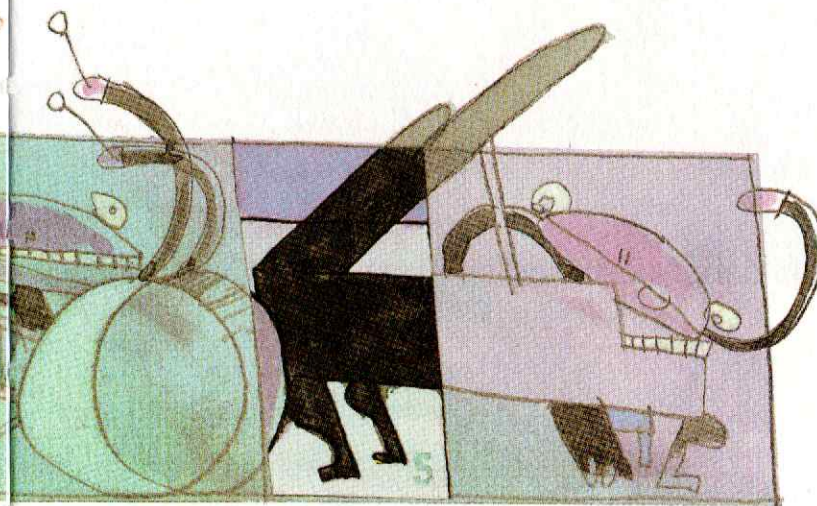
Hada Madrina,
¿podrías transformar
unas ranas en músicos,
para tener nuestra propia orquestina?

—De acuerdo
—respondió Hada Madrina—.
Y también transformaré
unas cuantas ranas
en jóvenes apuestos,
para que tengáis todas
pareja de baile.





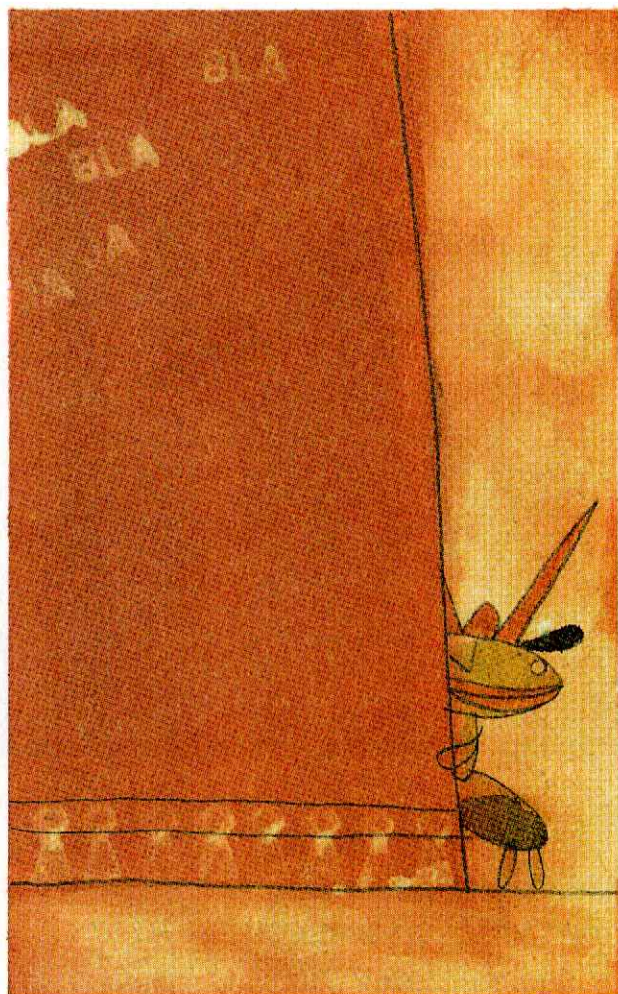
La orquestina de ranas
 tenía dos trompetas,
 un bajo,
 un batería
 y el mejor pianista
 que jamás se haya oído.
 De manera que todos
 se animaron enseguida.



Los vecinos,
que oían la música,
también decidieron
unirse a la fiesta.



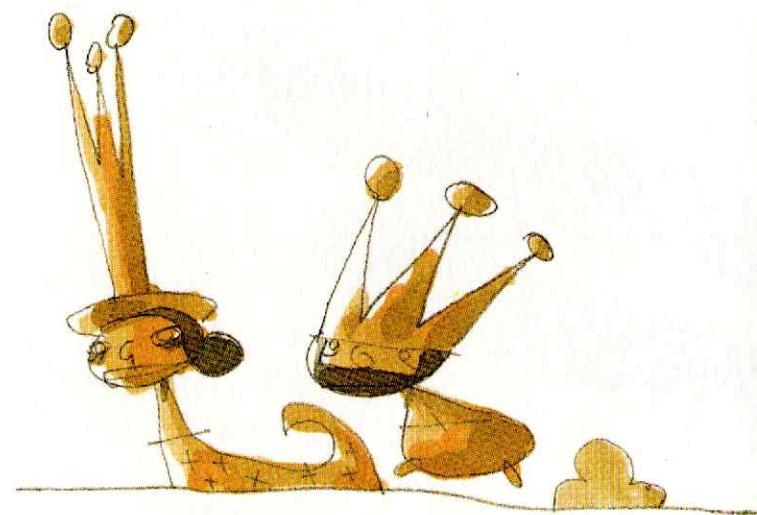
Al cabo de un tiempo,
había tanta gente
que no cabían dentro;
así que salieron a bailar al jardín.



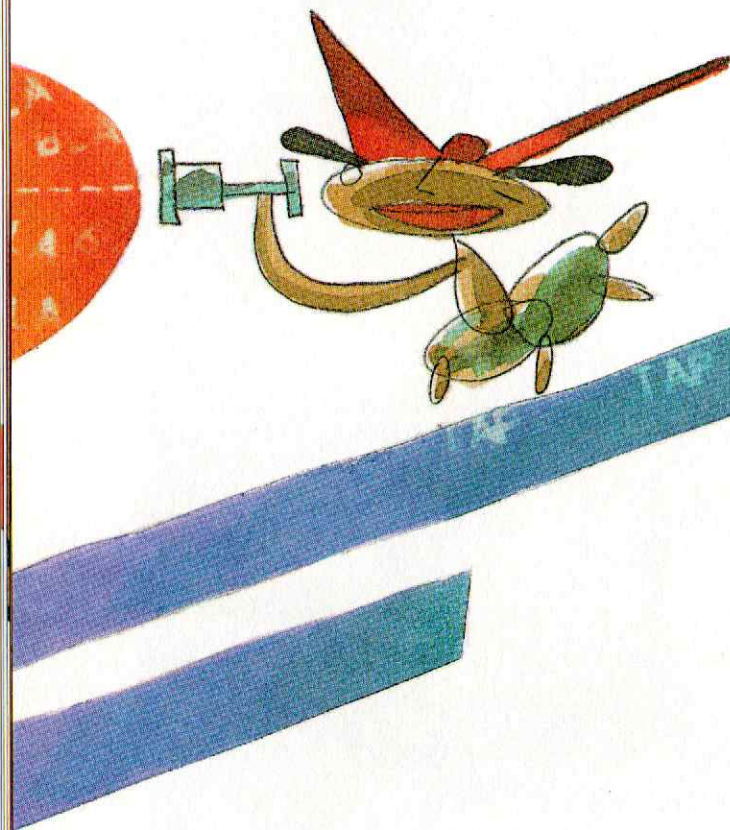
El bullicio de la fiesta llegaba ya hasta el palacio.

Los invitados del rey empezaron a marcharse del baile para acudir a la fiesta de Cenicienta.

La gente se lo pasaba tan bien, que hasta el rey y la reina acabaron por unirse a ella.



Cenicienta se subió a un árbol
y contempló su fiesta,
sintiéndose muy satisfecha.



Al cabo de un rato,
se acercó un joven
que tenía una cara muy triste
y se sentó al pie del árbol.

Cenicienta se descolgó
por las ramas
y se sentó a su lado.

—Hola. Me llamo Cenicienta
y ésta es mi fiesta.
Bueno, casi... —le dijo.

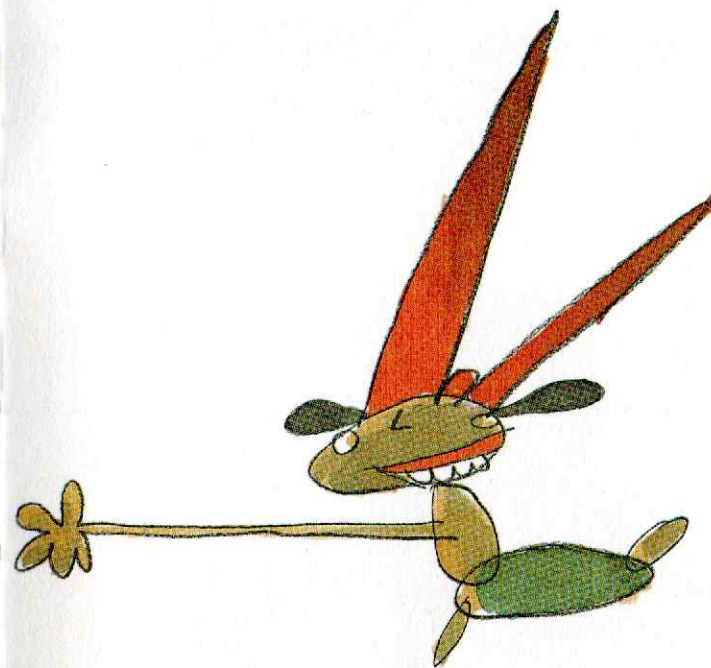
—Yo soy Príncipe Encantado
—contestó el joven suspirando—.
¡Qué nombre tan horrible!
¿Verdad?



—Pues elígete otro
—le dijo Cenicienta—.
Cada persona debería hacer
lo que quisiera.

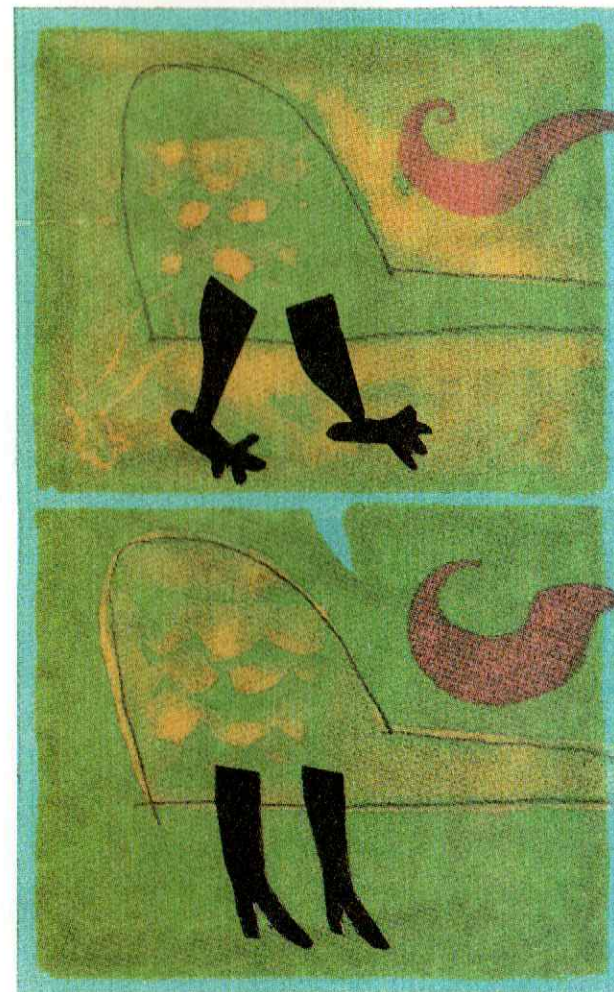


—¡Me gustaría tanto llamarme Pepe!
—le confesó él.



—Es un nombre precioso
—afirmó Cenicienta—.
¡Anda, Pepe,
vamos a bailar con los demás!

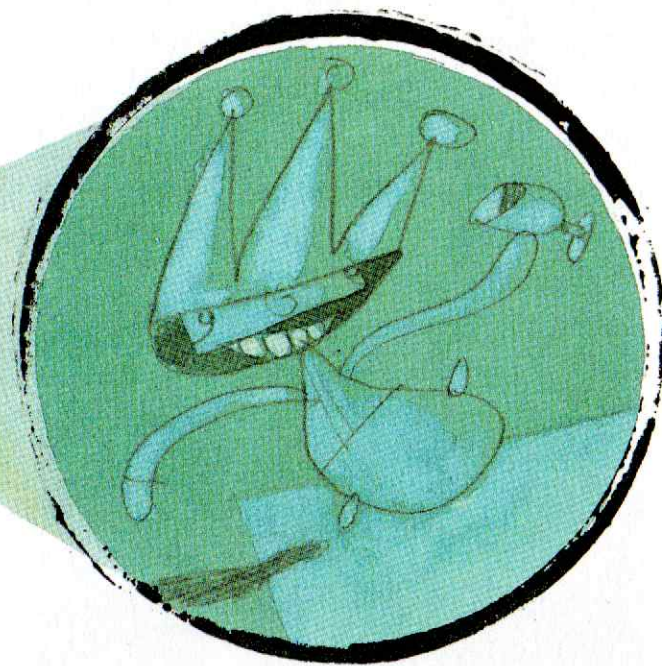
—Si tú quieres que baile,
bailaré —dijo Pepe—.
Pero a mí lo que de verdad me gusta
es trepar a los árboles,
montar a caballo sin silla,
patinar sobre una fina capa de hielo
y correr descalzo.



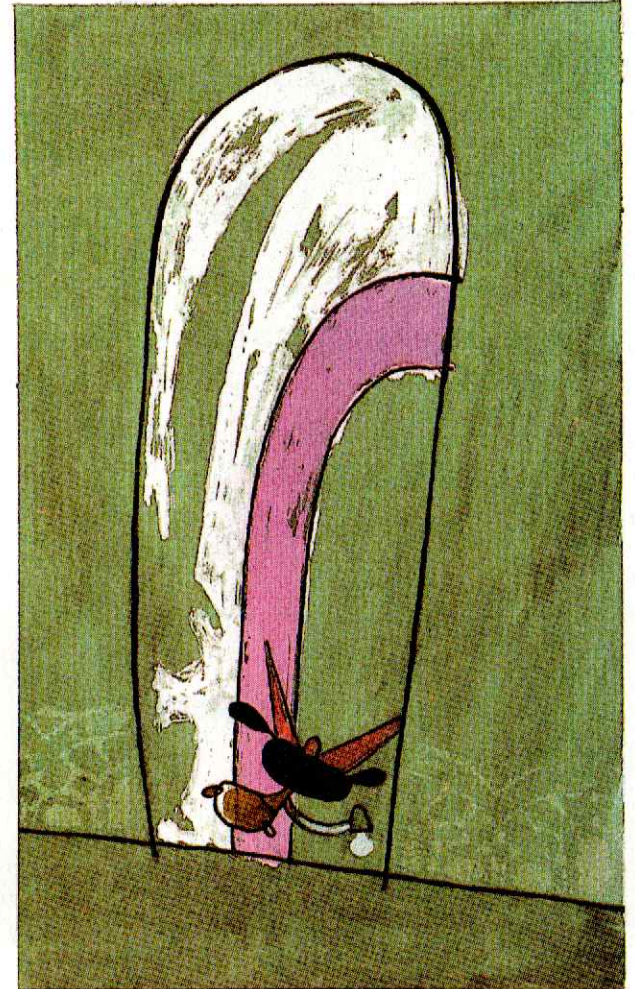
—¡A mí también!
—exclamó Cenicienta—.
Escapémonos juntos
y así podremos hacer
las cosas que nos gustan
todo el día.

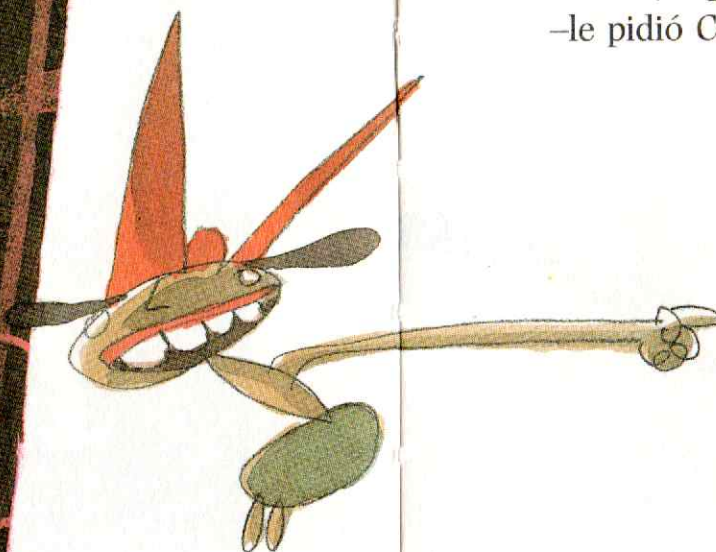


—Mi padre no me dejaría.
Y cuando me encontrara...
¡Estaría metido en un buen lío!
—se lamentó Pepe—.
¡Oh, no! —soltó de repente
al ver al rey en la fiesta.



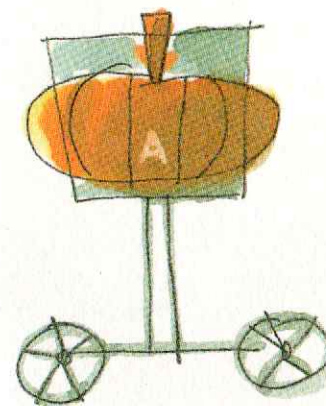
En ese mismo momento,
Cenicienta vio
que se acercaban
su padre y sus hermanas.
—¡No te preocupes, Pepe!
—gritó—.
Tú busca una calabaza grande
mientras yo voy por Hada Madrina.



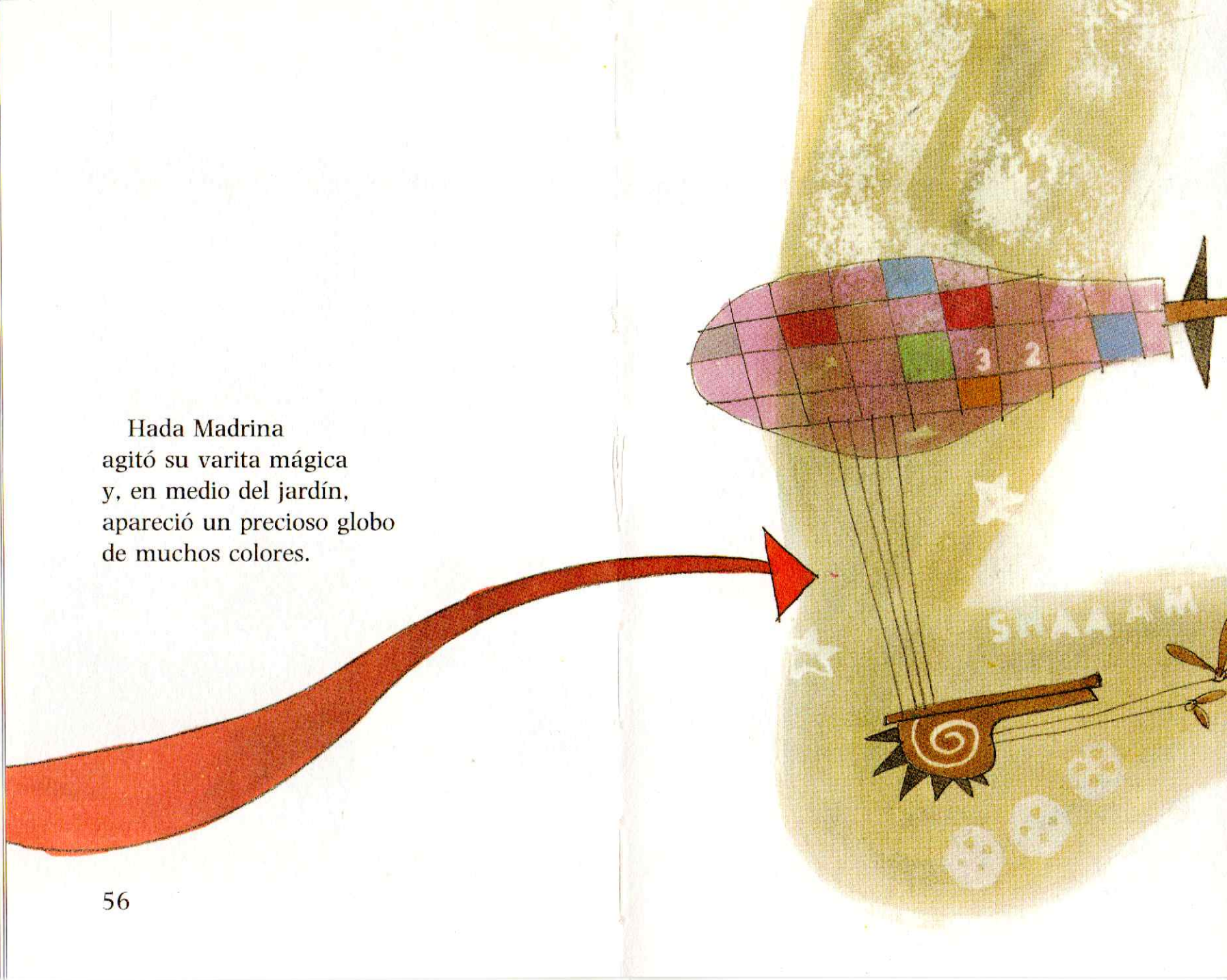


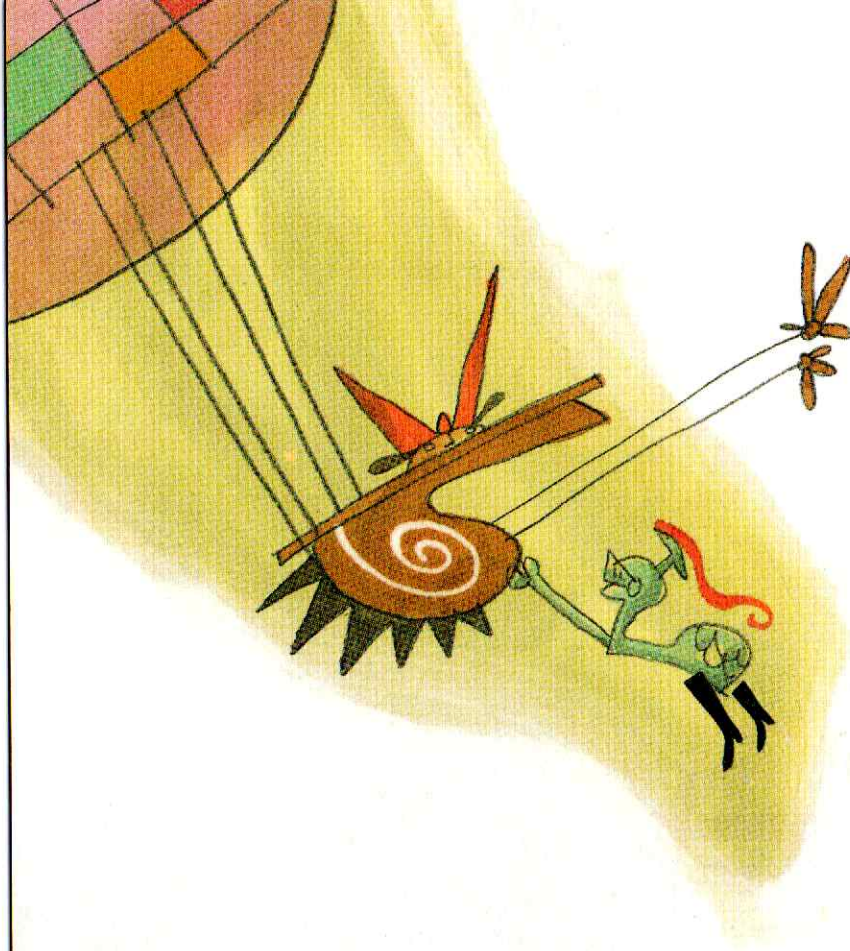
Cuando la encontró,
Cenicienta tuvo que
llevársela a rastras
lejos del baile.

—Hada Madrina,
ahora sí que necesito tu ayuda.
Por favor, transforma esta calabaza
en un inmenso globo
todo lo deprisa que puedas
—le pidió Cenicienta.



Hada Madrina
agitó su varita mágica
y, en medio del jardín,
apareció un precioso globo
de muchos colores.

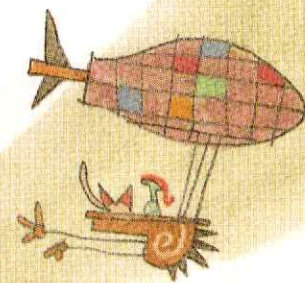
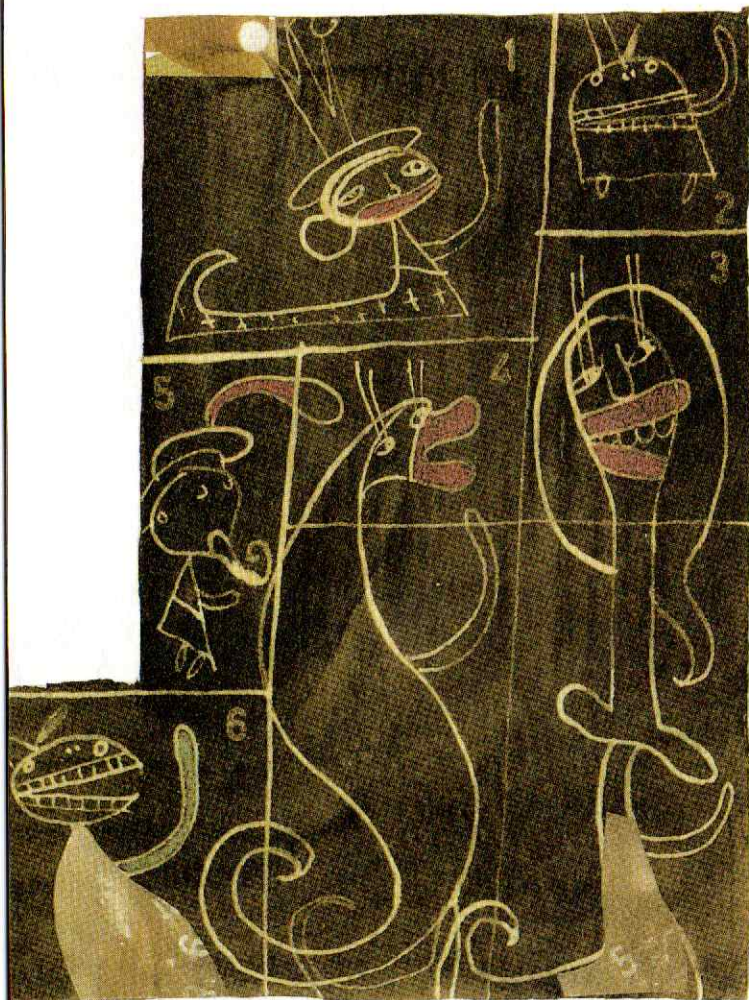




—Sube, date prisa, Pepe
—gritó Cenicienta al príncipe
cuando el globo
empezó a elevarse por los aires.

—¡Vuelve aquí ahora mismo!
—le ordenaron su padre
y sus hermanas.
—¡Encantado, ven aquí!
—chilló el rey—.
O no te perdonaré nunca.





—¡Adiós, Cenicienta!
 —le decía la gente.
 Cenicienta y Pepe agitaban la mano
 para despedirse de sus amigos.
 —Adiós, os escribiremos
 —les prometieron.
 Y el globo se alejó
 hasta desaparecer de su vista.

EL BARCO



DE VAPOR

La Cenicienta rebelde

Ann Jungman

Ilustraciones de Javier Olivares

